

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

CADALSO.

Novela original sacada de una tradicion cordobesa.

(CONCLUSION.)

IV.

EL VIAJE.

El alba principiaba á introducir los débiles reflejos del futuro sol por las ventanas del convento, para anunciar á los amantes que era llegado el momento que los debia separar, para despues unirlos eternamente. Jamás se ha oido con mas placer un «adios» de despedida, como el que salió de aquellos balbucientes labios: era el adios de la esperanza, y este es mas dulce que los sueños de la ilusion. Se retiró la virgen por lo interior del claustro acompañada de las miradas de su cantor: y este aprovechándose del instante en que abrieron la puerta de la iglesia, salió entre las gentes que venian á la primera misa.

Cuando acabó de amanecer ya estaba nuestro Cadalso pidiendo licencia á la madre de su adorada para estrechar los lazos de su felicidad. Consentir esta, tomar un coche, y llegar al convento todo fué una misma cosa. Anunciaron á la abadesa, que iban por la joven pupila. En alas del amor llegó esta á la porteria del convento, y la primera mirada fué para su cantor, la segunda para su madre.

La obligacion militar estaba llamando á nuestro guerrero, y asi no pudo detenerse á otra cosa, que á firmar los esponsales.

Entonces ya reclamó á su esposa futura, y su madre no tuvo inconveniente en marchar con ellos, para efectuar su enlace, tan luego como lo permitiesen los sucesos de la guerra.

Toman la posta para san Roque y los momentos del

viage fueron mas gratos para ellos, que lo es para la naturaleza la estacion de las flores.

Llegan en fin al campo del horror, y los retumbantes golpes de las granadas, los estampidos de los cañones, los lamentos de las víctimas, sustituyeron al agradable aspecto, que la naturaleza habia ofrecido á nuestros personajes en las fértiles campiñas de Córdoba, en las riberas del Bétis y en la magestuosa presencia de los mares gaditanos.

En el momento que Cadalso dejó en su alojamiento á sus futuras madre y esposa, tuvo que separarse otra vez del objeto de su amor, para acudir donde le llamaban los bélicos clarines.

«Será la última vez, decia á su amada, que nos separaremos: voy á cojer un laurel con que engalanar tu frente.» No quiero, contestaba ella laureles teñidos con la sangre de las víctimas; quiero solo tu corazon, y en vez de esos laureles ornar tu cabeza con la dulce corona de amaranto.

Un abrazo acompañó por primera vez la despedida de los amantes: la última palabra de Cadalso fué un *adios*, y la contestacion de su amada un prolongado suspiro.

V.

LA MUERTE.

Cuando nuestro poeta soltó la dulce lira para empuñar la fulminante espada, cuando con mas bizarría solicitaba conquistar el terreno, que la traicion habia arrebatado á nuestra patria, el mortifero bronce arroja un globo de destruccion, rebienta entre las huestes españolas, y uno de sus cascos hiere al desgraciado guerrero. Era Cadalso demasiado apreciable para todos, y el lamento general, y las lágrimas de sus soldados difundieron bien pronto la noticia de su desgracia: el corazon de su futura esposa parecia que le preanunciaba desde su última separacion lo que aconteció despues: ni un momento habia reposado, ni un instante habia se-

parado su pensamiento de la batalla, y así muy pronto percibieron sus oídos los fatídicos ecos de los soldados españoles. Acude despavorida al campo de batalla, anhelando siquiera recibir los últimos acentos de su esposo; pero ya encontró un cadáver cubierto de polvo; se arrojó sobre él animada, mas que por su existencia, por su desesperación.... No pudo escuchar ni una sola palabra.

Su mano limpió el polvo que cubría la cabeza del guerrero, y dejó para los poetas que le siguiesen, limpiar el que cubriera la losa del sepulcro en que yace el gaditano cantor.

Sus obras vivirán eternamente; pero su pluma ¡ha muerto!

JAVIER VALDELOMAR Y PINEDA.



A LAS BELLAS DE LA SOCIEDAD

Filarmónico-dramática.

No solo inspirados seres,
hijas del Pindo festivas,
sabeis prodigar placeres;
pues también moveis altivas
la emulación de Citeres.

En la humilde adoración
de un pueblo libre de encono
hallareis el galardón,
que es dulce tener por trono
el centro del corazón.

Quiero ver á una hermosura
seguir con sabia cordura
la senda de Praxiteles,
ó el arte que Urbino apura....
y guarde Grecia su Apeles.

Ahora que el délfico Apolo
os dá una línea en su historia,
desde el uno al otro polo,
bellas ninfas del Pactolo,
yo cantaré vuestra gloria.

Cuándo la magia os decore
de la gárrula Talía
¿podrá darse un alma fría,
que con vosotras no llora,
que con vosotras no ría?

A vuestro influjo divino,
trovador de mis dolores,
sigo anhelante el camino,

que me marcais entre flores,
porque es amar mi destino.

Y sigo errante las huellas
de aquellas que con su canto
saben templar mis querellas....
para inspirar tal encanto
sois, por mi vida, muy bellas.

No entonaré en mis canciones
de aquel héroe de Farsalia
las singulares acciones:
ni beberé en la Castalia
ardientes inspiraciones.

Pues en mi vana locura
cede al fin mi triste llanto
al peso de mi ternura;
cuando rindo á la hermosura
los tributos de mi canto.

Y contra el niño traidor
no hay fuerza que me aperciba,
cuando es mi encanto mayor
aquella miel que se liba
en las canciones de amor.

Otro cante en hora buena
de armipotentes señores
el bronce, que al orbe atruena,
mientras yo tenga una vena
con que cantar mis amores.

Por eso entre glorias tales
hoy el alma se recrea,
dándole tregua á sus males
vuestros rostros divinales,
que el sentimiento hermosea.

Seguid cual claro blason
el sendero que os inspire
la generosa ambición,
y tendreis quien os admire
mientras haya un corazón.

Po. García.

LA CONFESION.

Las doce habían sonado en el reloj del convento de dominicos del pequeño pueblecito de C.... era una noche tempestuosa de el invierno: el huracan bramaba, y ajitándose en la cavidad de las bóvedas las hacia repetir su rudo silvido, oscilaba la débil luz de las enormes lámparas colgadas de los cóncavos techos, y el pa- voroso silencio de los anchos claustros solo era interrumpido por el rujir del Aquilon.

Inmóvil, silencioso como la estatua tosca colocada en un camino, estaba sentado junto á la lumbre un jóven sacerdote; su imperturbable serenidad contrastaba singularmente con la violenta agitacion de la naturaleza; cualquiera le hubiese creído una de esas almas cándidas, que ven llegar impasiblemente la muerte, sin haber temblado una sola vez; pero no, su rostro surcado de hondas arrugas, el singular brillo de sus ojos, que en vano se inclinaban á la tierra, la sonrisa amarga que plegaba sus labios, mostraban la horrible lucha de las pasiones con la religion, el tremendo combate de el hombre de el siglo con el pobre habitador del monasterio; callaba sin embargo; todo aquel formidable drama pasaba en el fondo de su ulcerado seno, y aparecia tranquilo en medio de este cuadro aterrador de la tempestad y de un cielo cubierto de negro velo, y alumbrado horrorosamente por la rojiza, súbita luz del relámpago.

De repente un monje aparece junto al meditabundo sacerdote.—Padre Aldebrando (dijo con voz melosa) una mujer os llama.—¡A mi!—Dice que una señora moribunda reclama los socorros espirituales, y os elije por su confesor.—Está bien, hermano, decidla que espere un momento, pronto iré á reunirme con ella.—Volvió el jóven religioso á inclinar sus amortiguados ojos, retiróse su compañero, y las bóvedas no repitieron entonces mas que el eco lejano del trueno.

Levantóse el P. Aldebrando, después de un corto rato de meditacion, se dirigió á una ventana, miró por un momento al cielo, y marchó lentamente, murmurando en voz baja ¡una muger moribunda!

Bajó la escalera pausadamente, y al llegar cerca de la porteria una anciana se adelantó hácia él, tomó su mano, besándola con respeto:—P. Aldebrando (esclamó) dadme vuestra bendicion, pecadora de mí, el cielo me perdone.—Vamos, hermana, vamos á consolar al alma agoviada por los padecimientos, á endulzar sus angustias.—Venid, venerable padre, pobre señorita, ¡está tan mala! Dichas estas palabras la anciana echó á andar apresuradamente, el jóven religioso siguió sus pasos, y en tanto que un viento impetuoso hacia escuchar sus silvidos, que caia el agua á torrentes, en medio de aquella pavorosa escena de la naturaleza en violenta convulsion, vá el monje, como el ángel del consuelo, á donde le llaman el dolor y los padecimientos.

Llegaron en breve á una estrecha calle: paróse la conductora en una humilde casa, abrió la puerta con una llave que llevaba, y pocos momentos despues el monje se hallaba junto á un lecho, donde una mujer pálida, suelto el cabello, una de sus alabastrinas manos en el corazon, con el sello desolador de la muerte gravado en la abatida frente, esperaba con ansia que las palabras del ministro del Omnipotente viniesen á mitigar su dolor.

Habia sido hermosa, era jóven y en su sonrisa de amargura mostraba que su ecsistencia habia sido acibarada por mil amargos pesares; rosa fragante marchitada por el ábrego ¿abates tan pronto tu leda cerviz?

Padre mio (dijo la bella muger) acercaos, es necesario que os vea, que os oiga hablar de la misericordia del Ser Supremo; he sido tan criminal! Hija mia (contestó el P. Aldebrando) hablad, tened esperanza en su bondad infinita, en su amor por las criaturas, depositad en mí vuestra confianza; aunque indigno, sacrificio en los altares de ese Dios, que ha dicho: «venid,

yo soy el Pastor de las almas,» y tal vez pueda derramar en las heridas de la vuestra el bálsamo dulcificador.

José Velazquez.

(Se continuará.)

REMITIDO.

POESÍA ROMÁNTICA.

Medrosa noche de enero,

en que sopla con furor,

erizando el Oceano,

el viento de Setentrion,

y las estrellas al mundo

casi niegan su fulgor;

eleva Cádiz su frente,

del huracan salvador

despreciando los embates:

dentro de la poblacion

reina sepulcral silencio,

y mas de las doce son:

por estrecha plazoleta,

de mezquina dimension,

una muger solitaria

rápidamente cruzó;

rostro y talle lleva envuelto

en oscuro pañolon,

un bulto lleva en sus brazos

con tierno infantil clamor;

en el bulto aquel anuncia

un ser que ha poco nació;

casi convulsa su mano

la puerta de un torno abrió;

adios hijo de mi alma;

¿porqué sociedad feroz

castigas á un inocente

cuya madre delinquiró?

¿es él acaso culpable?

¿no soy la culpable yo?

mi infamia será su herencia

y suyo mi deshonor;

y en tan cruda hora

de amargo dolor

llora,

hora

implora

del cielo el favor,

y dentro del torno

el niño dejó;

sola en la calle encontróse

cuando la esquina volvió;

y á la luz oscura de opaco farol

vió un hombre embozado

y rápida huyó....

curioso era el embozado,

por verla el paso apretó,

y cual sombra pavorosa

la muger desapareció....

la ronca y triste campana

las doce y media tocó....

Po. C. de P.

Hemos recibido con mucho atraso los periódicos de modas de Paris. Sin embargo daremos à nuestras apreciables suscriptoras una noticia en compendio de lo mas notable que aquellos arrojan.

«Como aspecto general de la moda, decimos; que hasta el presente, las formas de los vestidos ofrecen muy pocas variaciones. Los vestidos de la mañana, de pekin à cuadros, corpiño liso y con solapas, las mangas derechas y vueltas, con un griñon, y cerrado con un cuellicito pequeño. Este, el corpiño, y las medias mangas flotantes, son guarnecidas de terciopelo, ó bien montantes con tres pliegues colocados sobre el corpiño y las mangas, las cuales, asi como los dos altos volantes de la falda, van sobremontadas de pequeños abisperos de cintas; otros, el corpiño medio abierto, rodeado de una esclavina con puntas bordadas como los tres volantes de la falda que van en disminucion; todo esto continúa llevándose. Peinadores elegantes que no pasan del tovillo, para dejar ver por debajo la falda guarnecida de un volante de encajes, ó de una rica bordadura, y siempre bajo todo corpiño abierto, camisetitas con bordados los mas delicados; en cuanto à los sombreros, son sencillos ó elegantes segun la influencia del sol, algunos de crespon con su larga pluma blanca. Sombreros de terciopelo blanco con una cinta sencilla anudada al rededor, y adornados de sesgos de gasa entremezclados con cintas: capotas azul cielo, de raso, blancas, azules, lilas &c. Nada diremos de los preciosos bonetes tan deliciosamente variados à la entrada de esta estacion; enteramente lisos por delante y guarnecidos de cintas solamente en el fondo. En fin, batas elegantes, un medio entre invierno y verano, de cachemira sencilla, abiertas sobre la ropa de lienzo, y estos lindos géneros negros, que son de todo tiempo, de toda estacion, las manteletas de seda con franjas, los sobretodos de Madama Penona, (calle del Puerto de Mahon número 89), y los grandes chales de encajes dobles, se están llevando mucho en estos dias.

—Los forros de pieles será decididamente mas que nunca el lujo de este invierno, lujo que, à la verdad puede generalizarse mucho, pero el buen gusto sabrá sacar partido para crear distinciones inimitables. La paletina rusa de la casa Dragnies-vic-Dolly (calle de san Honoré número 323) no puede nunca caer bajo el dominio del vulgo, porque la elegancia de su corte esije ser llevada perfectamente, ademas de el excesivo precio en la cantidad de arminios que emplea este nuevo género, en que el falso arminio causaria un efecto horrible. La paletina rusa se verá antes que todo otro abrigo, porque es independiente de la guarnicion del vestido y del manguito, y puede llevarse à guisa de trena ó chall, atendiendo la confeccion completa de los vestidos de invierno. La familia real, que ha honrado siempre con sus preferencias la casa que citamos, ha encargado ya muchas de estas esclavinas-chales, y todas las señoras mas elegantes envian sus antiguas esclavinas, paletinas, trenas de arminio &c., para ser metamorfosadas en paletinas rusas. Esta semana se han visto muchas en el teatro italiano, que prueba lo en voga con que han entrado. Esta novedad no es sin embargo perjudicial à la marta, que es la única piel de paseo y de vestido negligé.

En estos dias anteriores se han ejecutado por la compañía dramática, que vuelve à dar sus funciones en esta ciudad, las comedias tituladas: *La tercera dama duende ó los monederos falsos; Caer en el garlito; Ricardo el negociante y Por él y por mí*. Pertenecen à distintos géneros, y aplaudimos à la empresa esa variedad de eleccion que satisface el gusto de todos y evita el cansancio que causa ver siempre producciones de una misma especie.

—*La tercera dama duende* pertenece à ese género frances, en que el argumento, el plan y los caracteres se sacrifican à dos ó tres situaciones interesantes, y à algunos diálogos animados. Está llena de inverosimilitudes y defectos, juzgada por las reglas del arte, pero sin embargo entretiene y el público la oye con gusto. ¡Qué distancia tan inmensa y tan gloriosa para los españoles, entre esta dama duende y la de nuestro inmortal Calderon!

—*Ricardo el negociante* es una de esas comedias, que antiguamente se llamaban *de traidor*, en que este personaje es tan sumamente odioso, tiene una maldad tan sin disculpa, que no ofrece en su interior la lucha de afectos que hace que el público lo mire con lastima y tome una parte de interés en favor de su desgracia. Cuando un personaje es tan odioso, ningun espectador cree poder encontrarse en su caso, y asi no produce el efecto de temer que nuestras pasiones nos arrastren à aquel punto, para refrenarlas con tiempo: ni tampoco el pasagero de seguir sus acciones entre el temor y el deseo de su castigo, que es la interesante agitacion que causa en nuestra alma la persona que despues de luchar consigo misma incurre en el mal por un fuerte impulso.

Quisieramos que la empresa, en cuanto le sea posible, nos diera comedias originales, con preferencia à ese sin número de traducciones que han inundado nuestro teatro.

A el hablar de la ejecucion de estas comedias, lo mismo en este artículo que en los sucesivos, no juzgaremos à los actores de Córdoba por comparacion con los que hemos visto en la córte, y raras veces en algunas capitales del reino del primer orden. Actores de primera clase, notabilidades, son muy escasos, y esos trabajan donde puede pagárseles unos sueldos considerables. Asi en los de Córdoba no esijiremos unas facultades privilegiadas, una maestria irrepreensible, unos trajes lujosos. Y con relacion à esas funciones que hemos visto, diremos que han comprendido los caracteres que han desempeñado, que es la primera necesidad del actor: que algunas situaciones dificiles, como en Ricardo el negociante las han desempeñado en términos de arrancar espontáneos aplausos.

El jueves prócsimo va à ejecutarse la comedia original de don Eusebio Asquerino titulada *Españoles sobre todo*: su pensamiento patriótico, su interesante argumento y buena versificacion, la hacen digna de los aplausos que le ha valido à su autor, al estrenarla en Madrid. Deseamos que una concurrencia numerosa anime el teatro en esa noche: pues no sabemos como en una poblacion rica, y donde hay tan pocas diversiones, no se aprovecha esa que tanto recrea y es tan de buen tono.—J. V.